



Nicolás Guillén.

"Por el mar de las Antillas anda un barco de papel", poemario inédito, por lo menos cuando esta selección en gallego entró en imprenta. Este volumen, pues, nos ofrece páginas de especial interés.

Neira Vilas, en la Cronología, consigna con cierto detalle los episodios "gallegos" de Nicolás Guillén. En 1930, un impresor gallego de La Habana, José María Bouza, publicó cien ejemplares de un folleto con ocho poemas de "Motivos de son"; en 1936 fue encarcelado por publicar en la revista marxista "Mediodía", que él dirigía, un capítulo de una novela del escritor gallego Carlos Montenegro. Hay otros episodios "gallegos", pero tal vez el de más entidad sea la relación, en 1930, con Castelao, sobre el que publicó un artículo. (En este momento, Neira Vilas está terminando la elaboración de un breve libro que se titula "Castelao en Cuba", el Castelao que en 1938 hacía en La Habana dibujos de negros, algunos de los cuales debió de conocer el gran poeta mulato.)

En esta antología se reproducen los dibujos con que el mismo Guillén ilustró la edición cubana de su "Obra poética". En cuanto a novedades iconográficas "ad hoc", hay tres de no poco interés: una caricatura en la portada (del dibujante cubano David) y dos dibujos del propio Nicolás, uno de ellos un autorretrato un tanto chungón. También enriquece el volumen un preciso prólogo de Neira Vilas, de quien son estas palabras: "... Verter su poesía a nuestra lengua significa ponernos en contacto con una obra que no podemos desconocer. Y, por otra parte, su mensaje importa como modo de acercamiento entre los pueblos gallego y cubano, vinculados en sudores y trabajos desde hace más de un siglo a causa de la emigración gallega a la isla". ■ XESUS ALONSO MONTERO.

Una pionera del feminismo

De Mary Wollstonecraft, uno no sabe qué destacar más: si su obra apasionada o su apasionante biografía. Nacida en 1759, en Inglaterra, con un padre alcohólico y tiránico, Mary conocerá directamente desde niña la situación de servidumbre de la mujer —su propia madre, ella misma— respecto del varón. La inestable vida familiar y el frecuente cambio de domicilio condicionaron negativamente la infancia de Mary, quien sólo con gran esfuerzo personal logró aprender a leer y escribir.

Convencida, sin embargo, desde muy temprano, de que la mujer debe ganarse la vida por sus propios medios en lugar de confiar en el matrimonio, Mary tratará de independizarse económicamente buscando sucesivos trabajos. Primero se colocará como dama de compañía en casa de una viuda, pero la enfermedad mortal de su madre la obligará a dejar este empleo. Luego, movida por sus profundas ansias reformistas, Mary se aliara a su hermana, a la que había convencido para que abandonase al marido, y a una amiga para intentar fundar, sin demasiado éxito, una escuela en un barrio modesto de Londres, donde dedicarse a rectificar los errores de la educación tradicional, en la cual Mary Wollstonecraft veía el origen de las desigualdades entre los sexos.

A este tema de la educación de las niñas dedicará un primer ensayo en 1767, que se publicará gracias al interés del editor de "The Analytical Review". En la revista de Joseph Johnson, en la que colaborará a lo largo de distintos periodos de su vida, Mary tendrá ocasión de conocer a buena parte de los escritores radicales y liberales ingleses del momento. Allí conocerá, por

ejemplo, al poeta visionario Blake, que ilustrará una de sus obras; a Thomas Paine, recién regresado de América, y a Fuseli, del que acabará enamorándose.

La noticia de la Revolución francesa será recibida con auténtico entusiasmo por los colaboradores de "The Analytical Review", imbuidos todos ellos del espíritu de la Enciclopedia. Así, cuando Burke dedique al histórico acontecimiento sus reaccionarias Reflexiones..., Mary replicará inmediatamente con una apasionada "Defensa de los derechos del hombre", bajo cuyo signo había saludado el estallido revolucionario.

El propio Paine la animaría entonces para que, en la estela de Condorcet, que acababa de dedicar un par de libros a la igualdad de los sexos, escribiera la que sería su obra capital "Vindicación de los derechos de la mujer", que publicó también Johnson en 1792.

Deterioradas, mientras tanto, sus relaciones sentimentales con Fuseli, M. Wollstonecraft viajara en 1793 a París. Fruto de

escritor, el filósofo William Godwin, que terminará casándose con ella, a pesar de la oposición de ambos al matrimonio. Ella lo había calificado de "prostitución legal", y él lo había definido, a su vez, como "cuestión de propiedad". Poco después de dar a luz, en septiembre de 1797, a su segunda hija, futura esposa de Shelley y autora del Frankenstein, Mary Wollstonecraft moriría víctima de una septicemia.

Pues bien, de esta mujer extraordinaria, de cuya vida no hemos dado sino un palidísimo resumen, acaba de traducirse al castellano la ya citada Vindicación de los derechos de la mujer (1), obra que convierte a su autora en una de las pioneras del feminismo europeo. Vindicación... es una denuncia apasionada de la situación de esclavitud del sexo femenino, así como un lúcido diagnóstico de las causas profundas de tal estado de cosas, que, apareciendo como natural, no es sino producto de una educación discriminatoria y contra la cual dirigirá la autora todas sus armas.



Sufragistas inglesas de principio de siglo en su oficina de propaganda.

aquella visita será su "Análisis histórico y moral de la Revolución francesa", pero también una hija, habida de sus amores con Gilbert Imlay. Amores desgraciados; pues en vano tratará ella de seguirle por Francia, primero, y luego hasta Suecia. El abandono de su amante la llevará a arrojarse a las aguas del Támesis, de donde será rescatada por unos marineros. Recuperada parcialmente, Mary escribirá su novela semiautobiográfica María o el infortunio de ser mujer, que quedará inconclusa.

Más tarde volverá a la Redacción de "The Analytical Review", donde conocerá a otro

Una educación destinada efectivamente a hacer de la mujer un "hermoso defecto" de la creación, como la llama irónicamente M. Wollstonecraft, incapaz de ver nada si no es a través de los ojos del varón, interesada solamente en la superficie de las cosas y con el matrimonio como única ambición y única posibilidad de realizarse.

La autora denuncia, una y otra vez, la injusticia que subyace a esa doble moral, que hace que una mujer jamás pueda recobrar la respetabilidad perdida mediante una vuelta a la virtud

(1) Traducción de Charo Ema y Mercedes Barot. Editorial Debate, Madrid, 1977.

-aunque los hombres no pierdan nunca la suya "en la satisfacción del vicio"-, lo que obliga a esforzarse por conservar la propia castidad, lo único importante, puesto que, si se pierde, es para siempre.

Las observaciones que hace continuamente M. Wollstonecraft en defensa de sus tesis emancipatorias son además de una perspectiva psicológica extraordinaria: cuando un hombre emprende un viaje, generalmente piensa en su término; una mujer suele pensar más en los diversos incidentes del trayecto... O esta otra, con la que trata de desmontar ciertas tesis de Rousseau, pero que son igualmente aplicables al neomachismo de una Esther Villar: las mujeres presumen de su debilidad y toman el poder mediante la astucia de jugar con la "debilidad" de los hombres (...), pero al mismo tiempo las mujeres se han envejecido para lograr ese poder "ilícito". Las consecuencias sociales de todo ello son que se ha impedido "el progreso de la virtud del conocimiento".

La traductora y prologuista de *Vindicación...*, Charo Ema, califica de "tímido" el feminismo de Mary Wollstonecraft y de "no precisamente exquisito" el estilo del libro. No estoy totalmente de acuerdo. Por mi parte, encuentro este último, si no exquisito -¿por qué habría de serlo?-, sí tremendamente sugestivo, gracias a ese mismo apasionamiento de tono que otros censuran. En cuanto a la relativa "timidez" de sus reivindicaciones, sólo cabe decir que buena parte de las cuestiones que planteaba Mary Wollstonecraft hace casi doscientos años siguen todavía -al menos en algunas latitudes- dolorosamente en pie. ■ JOAQUÍN RABAGO.

Filosofía para todos

La filosofía no es privilegio de especialistas, aunque sean estudiosos de la misma quienes preferentemente la escriben. Todos tenemos nuestra filosofía de fon-

do, pero lo difícil es expresarla. Cherteston, por ejemplo, decía humorísticamente que, cuando iba a un restaurante desconocido, lo primero que le interesaba era enterarse de la filosofía del cocinero, no fuese a pretender éste envenenarle para acabar así con las ideas que él sostenía.

Lo mejor de un hombre que piensa no es un estudio de detalle realizado elucubrando sobre un punto abstruso que a pocos interesa, aunque sea necesario también hacerlo, sino la concreción posterior de sus ideas sobre el hombre y el mundo para uso de los demás. Ideas directrices para la vida porque, como con razón aseguraba Epicuro, "vana es la palabra del filósofo que no sabe aliviar al hombre que sufre".

Los breves resúmenes de filosofía para uso de indoctos es la labor más meritoria que pueda realizar un pensador. Por eso debíamos editar libros cuidadosos y acertados como éste que, en el nuevo Bachillerato, va a usarse para iniciar a los jóvenes en la costumbre de "coger las cosas por su raíz", como consideraba Marx que debía ser la misión de la filosofía. Por ejemplo, de toda la extensa obra de Jaspers, la más apreciable y útil es, con mucho, su pequeño librito de "Filosofía" (1), donde reúne sus opiniones acerca de las "generalidades" de la vida. De Sartre, muchos pensaríamos que sería "El existencialismo es un humanismo". De Heidegger, su "Carta sobre el humanismo". De Mao, sus máximas. De Wittgenstein, su "Tractatus". Y de Marx, sus "Tesis sobre Feuerbach". Y, si nos adentramos en el pasado más remoto del pensamiento humano, los breves epítomes de pensamientos, a veces fragmentarios, de Lao-Tsé, Heráclito, Epicuro o Epicteto valen por miles de extensos volúmenes que fatigan la atención y embrollan la mente, porque hacen perder el hilo central conductor, entre la maraña de hojarasca que contienen.

(1) Carlos Díaz y José Montoya: *Filosofía*. Ed. Marfil. Alcoy, 1977.

Carpentier y Pablo de la Torriente

Por un error de transcripción de una conversación telefónica, pongo en boca de Alejo Carpentier algo que él no dijo: que Pablo de la Torriente Brau formaba parte del grupo minorista, movimiento literario-político-cultural que tanta importancia tuvo en el proceso de liberación de Cuba.

En realidad, Pablo de la Torriente perteneció a la generación que sigue inmediatamente a la de Marinello, Martínez Villena, Carpentier, Roig, Nicolás Guillén, etcétera, integrados todos en el citado grupo; una generación tal vez más politizada que la anterior y en la que figuran nombres conocidos por los cargos que han desempeñado en la revolución cubana: Raúl Roa y Carlos Rafael Rodríguez.

Pablo de la Torriente Brau murió, como dice Carpentier en la entrevista, en el frente del Jarama, defendiendo a la República española como comisario político de las Brigadas Internacionales. ■ R. CHAO.

No sólo no es desdeñable ocuparse de un texto elemental como éste, sino quizá debiera ser una labor crítica imprescindible ocuparse de ellos en las reseñas de libros que se hacen en revistas y publicaciones periódicas, a causa de la tan decisiva y extensa impronta que tales manuales han de producir entre sus obligados y numerosos lectores.

He procurado leer casi todos los textos que se han publicado sobre esta materia para enseñanza juvenil, y -salvo el de Carlos París- no encuentro apenas ninguno que pueda ser comparado con el que aquí comento.

Empieza Carlos Díaz por tratar del "ansia inacabada de verdad", en que consiste también el filosofar. Eficaz filosofía que -como él bien señala- no sólo la proporciona el filósofo profesional, sino todo apasionado investigador amplio de la realidad, como fue, por ejemplo, Carlos Darwin en su "Origen de las especies", aunque muchos no consideren esta obra como un tratado de filosofía.

No hay que escandalizarse porque haya muchas filosofías teóricas, ya que "hay muchos caminos que llevan a Roma, pese a que unos sean menos directos que otros". Lo importante es "querer ir siempre más allá, y cada vez más precisamente". La filosofía resulta también un "diálogo entre diversas disciplinas sobre temas básicos", como pretende el profesor Gustavo Bueno. Y el filósofo debe ser un "funcionario de la Humanidad", un especialista en esa "generalidad" que debe ser la base humana que late en el fondo de cada cosa y de cada partícula del saber.

Hace Montoya -el coautor del libro- un resumen al día de lo mejor de nuestros conocimientos sobre la antropología, la psicología (especialmente interesantes son sus observaciones sobre los instintos y sobre la libertad), la comunicación, la lógica y la verdad. Este trabajo último sobre la verdad es particularmente orientador y convincente.

Termina más tarde Carlos Díaz el libro con unos inteligentes capítulos sobre la dimensión social del hombre, la moral y el Derecho. De sumo interés son sus reflexiones sobre la persona humana, basadas en las modernas investigaciones de Piaget, con el que trabajó personalmente. Y termina por fin el tema de lo religioso y el del sentido de la existencia, excesivamente resumidos en el libro para mi gusto, pero con agudas reflexiones sobre ello.

El libro queda enriquecido con una bibliografía escogida para cada tema, brevemente comentada para orientar al lector, y de la cual da muestra una re-

lación de textos al final de cada capítulo.

Didáctica y filosóficamente recomendaría este libro no sólo a los hijos, sino a los padres también, pues, después de la mercancia filosófica escolar tan baja que recibimos tras nuestra guerra civil, buena falta hace que aprendan a pensar los adultos con otras categorías mentales como las que se exponen en este libro.

Defectos los tendrá, pero no son visibles, salvo algún pequeño detalle, como aludir a Freud utilizando la expresión "fuerzas subconscientes", denominación que él siempre evitó, pues sólo utilizó los términos "inconsciente" o "preconsciente", pero nunca el de "subconsciente". Esperamos que empiece con estas publicaciones una nueva época en la que la juventud aprenda a pensar, y los mayores que creemos hacerlo bien, tengamos la modestia de reconocer nuestros fallos y poner remedio a los mismos con lecturas básicas de este tipo. ■ E. MIRET MAGDALENA.

"De qué va el rock macarra"

... Pues de lo que siempre ha ido el rock. Así de claro lo deja Diego A. Manrique en su libro "De qué va el rock macarra", Eds. de La Piqueta. Madrid, 1977).

Al cabo de tantos años de predominio rockero, está empezando a resultar un poco patético el empeño que esta música, todavía hoy llamada "nueva", pone en ser nueva de verdad, en renacer cada año -o todo lo más cada dos años- como un Ave Fénix de ciclo ridículamente pequeño. No menos trágico re-



Portada del libro de Manrique.